

Francisco de Sales, de San Miguel el Grande, todos fueron centros de cultura, donde la juventud criolla nutrió su intelecto. Incubadora de héroes hemos apellidado en alguna vez a este último establecimiento, como que en él enseñó uno de los filósofos mexicanos más notables, el Dr. D. Benito Díaz de Gamarra y Dávalos . . . Este precursor ideológico de nuestra guerra de emancipación exhortó a la juventud de aquella época a dedicarse al estudio de las matemáticas como base de una educación científica; y con la publicación de su notabilísima obra "Errores del entendimiento humano", combatió los vicios y las preocupaciones sociales de aquel entonces, y marcó la senda que seguirían más tarde el Pensador Mexicano y el Payo del Rosario. En esta obra de preparación y de transformación social, imposible es olvidar a los jesuitas criollos, Clavijero, Abad, Alegre, Guevara y tantos otros que en los colegios de la Compañía esparcían las nuevas ideas para disponer el advenimiento de la Independencia".

Todos estos "precursores ideológicos" empezaban, pues, a "romper moldes", actividad negativa con que suele caracterizarse al romanticismo.

Si en algunos de los precursores ideológicos de la Independencia se pueden sorprender algunos rasgos de escepticismo, como en el seminarista Juan José Pastor Morales,¹ debemos, no obstante, notar desde ahora que, en esta época, nuestro prerromanticismo no alardea de irreligiosidad, y más bien ocurre lo contrario, como tendremos múltiples ocasiones de notarlo más adelante.

Es necesario llegar a los años 1821 y 1822, cuando el funesto Poinsett siembra clandestinamente el descontento en el Congreso de Iturbide, preparando ya la fundación de las famosas logias yorkinas, para que empiece a revelarse la hostilidad a las tradiciones religiosas del pueblo.

Es cierto que los últimos virreyes, sobre todo Revillagigedo, venían ya notablemente afrancesados, y que el elemento militar pertenecía en gran parte al rito masónico escocés; pero cuando se declara la rebelión, realistas e insurgentes no encuentran peores acusaciones para sus contrarios, que tacharlos de "impíos, renegados y apóstatas". Esta es, podríamos decir, la principal arma que se esgrime en los numerosísimos "folletos" que entonces se escribían para desprestigiar al bando enemigo.

Y si es cierto que no hay romanticismo, sino más bien románticos, los autores de esta literatura política, con sus arrebatos y ridículas extravagancias; los oradores sagrados, con sus intemperancias desde el púlpito, y los cabecillas rebeldes, en sus arengas improvisadas,

1 Nicolás Rangel, op. cit., pp. XII a XV.